

«razon sérios temores, ó á lo menos debe inspirarnos una grande y
«fundada inquietud.

«Pero ya que nos ha sido imposible dejar de acceder á lo que se
«nos pedia con tanta instancia, y que vosotros habeis sido los nom-
«brados para ejercer aquel empleo, debo encargaros algunas cosas
«que espero sabréis cumplir fielmente. De este modo cumpliré con
«un deber que mi dignidad me impone, á pesar de tener en el Se-
«ñor tal confianza y tanta seguridad en vuestra prudencia religiosa,
«que no dudo que sin ninguna recomendacion mia habriais hecho
«por la mayor gloria de Dios, todo y aun quizás mas de lo que voy
«á deciros.

«1.º Por lo que concierne á vosotros y á vuestro modo de vivir:
«tomad por modelo el ejemplo de aquellos de nuestros Padres que,
«llamados en otro tiempo á los palacios de los Reyes, vivieron tan
«bien en ellos y segun el espíritu de su regla, que muchos mere-
«cieron el nombre de ángeles buenos de la corte. Dedicados única-
«mente á los deberes de su vocacion, nunca respiraron aquel aire
«mefítico del que ni aun las mejores y piadosas cortes pueden verse
«sino raramente exentas; en medio del brillo que les rodeaba su-
«pieron observar, cuanto les fue posible, una vida oculta en Dios
«y muy apartada de los tumultos del mundo. Se ocupaban cada dia
«á las horas destinadas y segun nuestros usos en los ejercicios de
«la vida monástica: si las ocupaciones y tareas de su empleo les de-
«jaban algunos momentos de ocio, los empleaban con placer, como
«religiosos siempre fieles, en distribuir los socorros de su ministe-
«rio á las almas cristianas, particularmente á los pobres y á los en-
«fermos. De este modo vivian para Dios, para sí mismos y para sus
«deberes, conservando en medio de las cortes el espíritu religioso
«y hasta la libertad que les era tan indispensable para poder ha-
«cerlo. Adquirian en Nuestro Señor, en sí mismos y en la Compa-
«ñía una nueva estimacion, de la que participaban tambien los
«cortesianos que habian deseado en un principio que se trataran los
«Padres mas familiarmente con ellos y tomaran parte en su conver-
«sacion. Lo mas importante de su vida modesta, recogida, solita-
«ria, enteramente unida á Dios y dedicada á su empleo, era el ha-
«cer descender las bendiciones del cielo sobre sus importantes fun-
«ciones.

«En cuanto á nosotros, en Dios y solo en Dios debemos fundar

«nuestra esperanza al aceptar una mision tan difícil y de la que de-
«bemos dar á Dios y á los hombres tan estrecha cuenta. Por ello
«deberémos procurar, como lo hemos hecho hasta aquí, ofrecer ca-
«da semana numerosos sacrificios á la divina Majestad, sacrificios
«que deberémos procurarnos en el tesoro espiritual de la Com-
«pañía.

«El capítulo XI de las Ordenanzas de los Generales contiene dife-
«rentes pasajes que pueden y deben ser aplicados al cargo que vais
«á desempeñar, particularmente lo que consta en los párrafos 4.º,
«5.º, 6.º, 7.º, 8.º, 12 y 13. En el primero de estos párrafos se trata
«de un punto que tiende á la materia de un precepto particular en
«virtud de la santa obediencia (*Censuras y preceptos*, cap. 5.º, n.º 4.º);
«cuyo precepto debeis escrupulosamente guardar; por manera, que
«si alguno tratase de haceros faltar á la que prescribe, deberiais desde
«luego contestarle, sea cual fuere su categoría: «Es esto indigno
«de nuestro empleo y de nuestra vocacion, por tener terminante-
«mente prohibido el ocuparnos en semejantes empresas. No ha pro-
«metido Dios á los de nuestra profesion ninguna gracia para hacer-
«les salir airosos en semejantes negocios.» Debeis observar sobre este
«punto una extrema reserva, aun en vuestras conversaciones par-
«ticulares, puesto que aunque la observeis tal cual nos está pres-
«crito, no será nunca bastante.

«2.º Por lo que concierne á vuestro empleo cerca del Principe,
«Dios á vuestra instancia os infundirá su espíritu; acercaos á él y
«os concederá sus luces. Queda fuera de toda duda que si en la
«educacion de un príncipe no debe descuidarse la literatura, la
«erudicion y todas las demás ciencias, es aun mucho mas cierto é
«indispensable enseñarle á formar un juicio sano y recto sobre los
«hombres y las cosas, y ayudarle á revestirse de una fuerza tal de
«carácter que pueda seguir por sí mismo la justicia y administrarla
«un dia á los hombres que vivirán bajo sus leyes. La justicia ase-
«gura los tronos, al paso que la iniquidad hace pasar los reinos á
«otras manos. Es preciso hacerle conocer sus deberes todavia mejor
«que sus derechos, y por fin enseñarle á defender esos mismos de-
«rechos, sin arrogarse, no obstante, los que no le pertenecen. Es
«verdad que son muchos los príncipes que han despreciado esta
«máxima de equidad natural; pero no es tambien menos cierto que
«al querer muchos de ellos despojar á los demás se han visto ellos
«mismos despojados. Que el Principe se esfuerce, pues, en com-

«prender cuál es el fin de la autoridad y cuáles los medios para ejercerla equitativamente; que sepa que sin grandes trabajos no puede haber una administracion buena y feliz; que se guarde de creer que consiste la felicidad en el goce de las grandezas, de los honores, de las riquezas y diversiones del mundo; que comprenda tambien que en los negocios que está llamado á dirigir un dia, debe tomar por norma la eterna y divina razon y no las ideas humanas; que si tantas personas han fracasado y fracasarán aun en sus empresas, es porque pegados siempre á la tierra lo miden los hombres todo segun sus ideas puramente terrenas. Sus esperanzas, sus temores, sus ventajas y su apoyo, todo pertenece á la tierra; no satisfechos aun con anteponerlo todo á las cosas eternas, borran enteramente de su espíritu el recuerdo de ellas, sin que se digan nunca elevar al cielo sus ojos y su corazon. De aquí procede la inevitable caida de las repúblicas, de los reinos y de los imperios. El salmo cvi describe con los mas vivos colores todos esos trastornos que tenemos el dolor de ver en nuestros dias. Procurad inculcar á vuestro alumno todas estas ideas con oportunidad y dulzura, lo mas á menudo y eficazmente posible, á fin de que nunca olvide las doctrinas que nos da el salmo ii, 10 sig.: si alguna esperanza de salvacion puede haber para un príncipe y un Estado, de seguro está en la práctica de estas divinas reglas, sin las cuales se disipan como el humo las mas bellas esperanzas. La historia, y sobre todo la sagrada, es el libro de los Reyes, por ser el que mas claramente manifiesta lo que deben esperar los Príncipes, y lo que deben temer, arrojando una viva luz sobre los tristes acontecimientos de que somos atónitos espectadores.

«Deben imponerse á un príncipe los ejercicios de piedad con suma moderacion; la razon de ello es muy óbvia. No debe, para hacer adelantar á un jóven príncipe en el camino de la virtud, emplearse un método cualquiera por mas que dé este brillantes resultados empleándolo en la educacion de la juventud en general; porque con respecto á estos últimos, si debemos atenernos á la experiencia, los ejercicios de piedad demasiado largos y multiplicados son mas perjudiciales que provechosos. «No procuremos hacer demasiado religiosos á los que viven con nosotros,» escribia san Francisco de Borja á los Padres de la provincia de Guyena en 1568. Si esto sucede con respecto á nuestros jóvenes pensionistas, ¿qué será con un príncipe?

«Pero ya os lo he dicho: el Señor, á vuestras súplicas, os infundirá su espíritu. No omitamos cuidados ni oraciones para que el fin sea provechoso, y que los medios que deben procurárnoslo sean bien conocidos y puestos sin cesar y fielmente en obra. Esperad en Dios, haced el bien, rogad al Señor, y él se encargará de obrar por vosotros.»

Tales fueron los consejos que dió el General del Instituto á los dos Jesuitas que iban á partir para Praga; consejos que debian ser puntualmente seguidos. Estaban Deplace y Druilhet hacia ya mucho tiempo versados en el conocimiento de los hombres, se conformaron con un respeto filial á las disposiciones de su superior; llegaron, empero, cerca del duque de Burdeos en circunstancias tan difíciles, que su sola presencia debia excitar las mas encontradas pasiones. La perplejidad de los partidos, el entusiasmo inconsecuente de unos, la desesperada fidelidad de otros y todos los desastres, en fin, de aquella derrota sin combate, se reproducian así en Praga como en París. Cada fraccion realista se creia obligada á discutir y sacar al Rey del destierro; cada cortesano se emancipaba hasta encontrar en el recuerdo de sus pasados servicios bastante independencia monárquica, para trazar á los Borbones un plan de conducta revolucionaria. Diferentes nobles se pasaron á las filas de la democracia á fin de acariciar los instintos del pueblo; algunos periodistas trazaban tambien las opiniones mas exageradas, procurando empujarlas todavia acariciados por la vana esperanza de adquirir una sombra de popularidad. Por todo plan de campaña no sabian los realistas mas que atacarse entre sí; retirados unos bajo su tienda se condenaban á la inaccion, al paso que los otros nada omitian para saciar su sed de ambicion y de gloria. En los salones y en la prensa solo se trataba por algunos de los príncipes proscritos; mientras que los hombres prudentes, que fue el mayor número, dejaban á los Borbones el cuidado de educar al último descendiente de Luis XIV. Habia tomado la Revolucion á los Jesuitas por blanco de sus tiros contra la legitimidad; y los mas exaltados legitimistas, que habian venido á ser los aliados de la futura demagogia, no se atrevieron á quitar aquel blanco ó señal.

Dos eran los Padres de la Compañía que merecian la confianza del Rey y que iban á dirigir la educacion del duque de Burdeos. Imagínese, pues, que aquella medida era tan solo adoptada para hacer fracasar los planes de raptó ó de inauguracion de reinado prepara-

dos por la mayoría de Enrique de Francia. La guerra civil que tocaba ya á su término en la Vendée militar, se encendió repentinamente de nuevo en el arrabal Saint-Germain, haciendo desesperados esfuerzos contra la expresa voluntad de la familia de los Borbones. Dos influencias rivales se hallaban frente á frente: tales eran las tristes circunstancias en que se vieron envueltos Deplace y Druilhet desde las primeras horas de su permanencia en Praga. Conocían las dificultades que tantos móviles secretos iban á provocar, así es que confesaron que la elección de sus personas no podía ser acertada ni provechosa hasta que el Monarca supiese hacer respetar su voluntad; pero puesto en juego por un partido contra otro partido, no ocultaron que nunca podría Carlos X resistir las obsesiones de que se veía cercado. Preveían asimismo que su Instituto se vería también asediado por las nuevas fracciones realistas, como se desprende de la correspondencia del P. Druilhet, tan llena de curiosos detalles sobre su misión, dejando entrever los mas tristes presentimientos en cada una de sus páginas.

No debían ocuparse los Jesuitas mas que en instruir al joven Príncipe y fortificarle en la virtud y en la ciencia. Las intrigas interiores y exteriores fomentadas por la duquesa de Guiche les eran de todo punto indiferentes; lo que no sucedía así con respecto al anciano Rey, á quien las faltas pasadas habian hecho menos confiado en su propia fuerza; por esto solo confiaba en sus partidarios y temía hasta la apariencia de poderles contrariar. Se le acusaba de haber perdido la monarquía, al paso que se le aseguraba su triunfo si nada venía á hacer fracasar los planes concertados: aunque Carlos X tenia muy poca fe en aquellas falaces promesas, se creía no obstante obligado á dejar obrar por afección dinástica á los adalides de la restauración. Para todos aquellos hombres, embajadores de diversos comités que acudían de París cargados de proyectos, se hallaba la familia Real bajo una rigurosa tutela, puesto que no obedecía su imperiosa súplica. Según ellos, no servían los Jesuitas sino para impopularizar al duque de Burdeos y para inspirarle ideas retrógradas; sin embargo estos últimos empezaron su obra, y como dieron con un carácter de las mas bellas disposiciones, pudieron en pocas semanas patentizar sus progresos¹.

¹ Una carta del P. Druilhet, fechada en Teplitz á 8 de julio de 1833, contiene sobre el carácter y los estudios del duque de Burdeos cálculos y predicciones que han venido á ser todos confirmados por la experiencia, y en la

Mientras que desarrollaban los dos Padres aquella precoz madurez y se formaba en la escuela de la desgracia, empezaba la tempestad sobre su cabeza. Partía la oposición de tantos puntos á la vez, de la *Quotidienne* y el *Journal des Débats*, del *Nacional* y la *Gaceta*, que no quedaba ya ninguna duda de que pudiesen los Jesuitas continuar operando aquel bien. Cuando se presentaron al Rey, Estéban Deplace le dijo: «Señor, hemos venido porque lo habeis deseado, «nos volveremos cuando querais.»

De ningún modo deseaba Carlos X su partida; pero los hijos de san Ignacio comprendían que no sería siempre libre el Monarca de tenerlos á su lado, y se habian resignado ya de antemano á esta desgracia. Asediábales por todas partes la intriga; de modo que apenas acababan de ser llamados, cuando se buscaba ya despedirles: quizás habria sido mas prudente no hacer una ni otra cosa. Se les habia hecho abandonar sus trabajos para venir á ser únicamente un obstáculo diplomático, un objeto de turbación cerca de los desterrados, y una causa involuntaria de persecución para la Orden de Jesús. La obediencia, empero, debida al General y la tierna confianza del huérfano real sostuvieron á los Jesuitas en tan dura prueba: el baron de Damas luchó y se retiró con ellos. Designóse al Obispo de Hermópolis para reemplazarles junto con el matemático Cauchy. Después de haber visto correr las lágrimas del duque de Burdeos y oído los suspiros de la familia, abandonaron los Padres á Praga el 3 de noviembre de 1833; solo habian permanecido allí cuatro meses y medio, pero en tan corto tiempo habian logrado ya hacer tomar nueva dirección á los estudios y carácter de su discípulo; por lo que no podían menos de bendecir al Señor al darle su último adiós.

Aquel llamamiento inesperado de los discípulos de Loyola por una familia proscrita en Francia podía infundir algún cuidado á la dinastía de Orleans y avivar mas y mas entre los revolucionarios su odio contra los Jesuitas; no obstante el rey Luis Felipe y sus Ministros apreciaron entonces debidamente la verdadera posición de la Orden de Jesús. El mismo Mr. Thiers, que tuvo con este motivo al-

que se lee: «Desde este momento queda ya establecida la mayor confianza entre el maestro y el discípulo. — Tengo faltas, le dice el joven Príncipe, «pero las conozco y deseo sinceramente corregirlas. — Monseñor, hay para ello «dos medios infalibles. — ¡Oh! ¿cuáles son? — Aprender á conocerse y triunfar «de sí mismo.» Llamaron estas palabras de tal modo la atención del joven Duque que hizo de ellas su divisa.

gunas conferencias con el Provincial, no se alarmó en lo mas mínimo, para el presente ni para el porvenir, por una conducta tan natural ni por la deferencia que las víctimas de los decretos de 16 de junio de 1828 manifestaban al Monarca que firmara semejantes decretos.

El día en que Deplace y Druilhet se pusieron en camino para complacer á Carlos X, perdió la Compañía una de sus mayores glorias: espiraba el P. Nicolás de Maccarthy en Annecy el 3 de mayo. Nació en Dublin en 1769 de una de aquellas familias irlandesas que todo lo sacrificaron á su fe; fue Nicolás de Maccarthy, ya desde su infancia, destinado al sacerdocio: la Revolución, no obstante, suspendió su vocacion sin interrumpir sus estudios ni sus buenas obras. Cuando la paz fue concedida á la Iglesia, se dedicó Maccarthy al servicio del altar: en el mundo habia sabido, como dice Tácito de Agrícola, hacerse excusar ó alabar por la franqueza de su piedad; en el sacerdocio elevó sus virtudes hasta lo sublime de la bondad. Era la perfeccion una necesidad para aquella alma privilegiada, por esto la buscó en la Compañía de Jesús: fue á la vez el Bourdaloue y el Massillon de su época, pues reinó por medio de la palabra en un tiempo en que empezaba el arte oratorio á convertirse en oficio. Fue oido por la conviccion que abrigaba sobre cuanto decia; y cuando vino á asaltarle la muerte, quiso el Obispo de Annecy asistir al Jesuita en sus últimos momentos á fin de aprender de él los cristianos goces de la muerte¹.

¹ Escribia el Prelado el día siguiente, ó sea el 4 de mayo de 1833: «Su bella alma ha edificado hasta exhalar su último suspiro: la fe, la confianza y el amor se habian apoderado de tal modo de ella, que no ha proferido ni una sola palabra que no fuese un rayo celeste que salia de sus entrañas como de un santuario de piedad! ¡Ah! señor, era el Padre de Maccarthy verdaderamente grande en el púlpito por su sublime elocuencia; pero nos ha parecido un verdadero gigante en su lecho de dolor. Jamás se hizo un sermón tan tierno, no puede haber palabras tan ardientes como las que hemos oido durante muchos días de sus moribundos labios. Sus hermanos los Jesuitas le han constantemente asistido: mis buenos sacerdotes y mis piadosos seminaristas no lo han dejado de día ni de noche; todos ambicionaban recibir su bendiccion, y todos la han recibido con una gratitud religiosa. Celoso de conservar tan precioso depósito me ha pedido permiso el Capítulo de mi catedral para colocar su cuerpo en esta iglesia, donde san Francisco de Sales habia ejercido por tanto tiempo su ministerio. No he creido deber rehusar aquel honor á un clero que ponía en él tan gran precio; por lo que á pesar de los deseos y modestia del venerable difunto que habria querido descansar en Chambéry en medio de sus

Transcurridos algunos años, ó sea en 20 de mayo de 1837, veia la Compañía con el mismo general dolor bajar al sepulcro otro de sus mas ilustres Padres. Un hijo del pueblo, Nicolás María Potot, nacido en Metz á 22 de julio de 1771, atraía junto á su sepulcro los mismos respetos que el descendiente de los Maccarthy. La vida de Potot habia sido tan agitada como la época en que vivió: licenciado en derecho, abogado á los diez y siete años del parlamento de Metz, soldado de la República francesa y comandante de batallon en el Imperio, habia desplegado así en el foro como en los campos de batalla tanta ciencia como bravura: era uno de aquellos hombres que solo las revoluciones pueden producir. Pusieronle sus heridas en estado de no poder continuar por mas tiempo la carrera de las armas; convenia á su corazon, por el que era el reposo un tormento, una actividad incesante: quedándole prohibida la gloria militar, se procuró en la Religion un nuevo alimento y nueva gloria. Fue ordenado de sacerdote en 1818, y se lanzó á las obras de caridad con el mismo ardor que antes se lanzara á los combates; vino á ser el misionero del país Messin, el padre de los pobres, el consuelo de todos los dolores. En medio de tantos sacrificios, Potot que, á pesar de sus sesenta y dos años, conservaba en su alma toda la energía de la juventud, aspiró á entrar en la Compañía de Jesús; siendo recibido en ella en 1833 aquel comandante de batallon del Imperio y canónigo de Metz que queria vivir y morir jesuita. Su nombre era tan popular en el Norte de Francia como sus virtudes, por honrarse en él al viejo soldado mutilado al servicio de la República y al sacerdote cuya palabra fecundizaba la beneficencia cristiana. Su muerte preciosa ante el Señor causó un luto general para toda la ciudad de Metz: sus compañeros de armas, sus colegas del Cabildo, los magistrados, los indigentes de todo sexo y edad que habian sido sus mas caros amigos, el Estado mayor de la plaza y todo el Clero, confundidos al rededor de sus restos mortales, dieron la última prueba de estimacion hácia el Jesuita, cuyo nombre glorioso celebraban todos. La espada y las charreteras del soldado estaban sobre su féretro junto á la estola del sacerdote; y en medio de las bendiciones de la mul-

«hermanos, le conservarémos en la catedral de Annecy, de modo que dentro de algunas horas mi Capítulo y los demás sacerdotes vendrán á quitarme á ese antiguo amigo para depositarlo en esta antigua iglesia que se estremece de gozo al recibir semejante depósito.»

titud que no pudo apagar la lúgubre marcha del tambor, bajó el P. Potot para siempre al sepulcro.

Aislados en el seno de las ciudades entregábanse los Jesuitas al estudio de las ciencias sagradas; protegidos por la indiferencia gubernamental se esforzaban á tomar nuevamente el curso de sus interrumpidos trabajos. Regresaban á París y á las provincias con el mayor sigilo, para continuar allí, con aquella perseverancia que de todo triunfa por no cansarla nada, la obra que se vieron obligados á interrumpir algunos años antes. Habian aprovechado todo aquel tiempo que transcurrió desde su expulsion en formar oradores y guías espirituales, por dejarles la escasez de las parroquias y las necesidades del Clero un vasto campo que cultivar. Empezaron los Obispos á introducirles en sus diócesis como auxiliares indispensables, no obstante la oposicion y hostilidad de la administracion y la magistratura. Todos los funcionarios públicos alimentaban contra la Compañía antiguas enemistades y absurdas preocupaciones que nunca el manejo de los negocios pudo desarraigar en ellos. Pero los Jesuitas acampaban confiados en medio de sus enemigos; predicaban y obraban bajo la mirada inquisitorial de aquellos, y sin embargo nunca dieron á la malevolencia un motivo de queja ni de acusacion. Fueron prudentes cuando se les impulsaba á comprometerse, y reservados en presencia de todos los partidos que les proponian unirse á su bandera; conservándose así apartados de todas las intrigas, supieron captarse en poco tiempo la estimacion de sus adversarios que se hallaban en el poder, y conservar la confianza de sus amigos en la oposicion. Los Jesuitas, que no estaban encargados de derrocar el Gobierno ni de velar por su seguridad, y á quienes se habia hecho durante la primera rama el inmerecido cargo de ocuparse de las cosas terrestres, no quisieron verse expuestos á que se renovaran contra ellos las mismas imputaciones, por lo que juzgaron guardar la mas estricta neutralidad. Otros eran los cuidados que ocupaban su vida, puesto que desde aquella época sobre todo empezaron á arder en deseos de extender el reino de Jesucristo, y propagar el movimiento católico por medio de la predicacion, el confesonario y los ejercicios espirituales.

Con el Gobierno de julio no era ya posible encumbrarse á los honores ó á la fortuna por medio de una piedad hipócrita, por no ser ya la Iglesia el pedestal de las mas desmesuradas ambiciones. La

doble política sucedia á la hipocresía religiosa; solo la conviccion podia, y aun á duras penas, hacer excusar la práctica de todos los deberes. Creyeron los Jesuitas que en tal estado de cosas debia reconquistar el espíritu cristiano su antiguo esplendor, y por ello se dedicaron sin tregua á aquella obra de verdadera regeneracion. Protegidos por los Diocesanos pudieron los Jesuitas hacer resonar fácilmente su voz en todos los puntos de Francia; así es que despues de haber abrazado aquel penoso apostolado, empezaron á anunciar las verdades eternas tanto en las suntuosas catedrales de las grandes ciudades como en el fondo de la mas modesta iglesia de aldea; evangelizaban á los ricos y á los sábios de la tierra mientras que distribuian á los niños el pan de la palabra divina. Sin embargo no realizaba aun aquella multiplicidad de obras santas la dulce esperanza que se habian propuesto; sino que era preciso para hacer extensivos los frutos de salvacion á las nuevas generaciones, conservar el fuego sagrado en el corazon del sacerdote, inspirarle el amor á sus santos deberes, conducirlo por medio del recogimiento á una perfeccion mas completa, y avivar en él el ardor de la caridad debilitado algunas veces por el aislamiento.

La costumbre de los ejercicios eclesiásticos no se hallaba todavía muy en boga; la falta de oradores que hablaran con la autoridad de la virtud y la ciencia se hacia vivamente sentir entre el Clero, absorbido por los cuidados parroquiales. Era, pues, de absoluta necesidad crear un plantel de predicadores que explicaran cada año á los eclesiásticos que administrasen las parroquias las obligaciones del sacerdocio: los Jesuitas fueron los que se consagraron á tan laboriosa mision. Insiguiendo las huellas de los PP. Gloriot, Caillat, y Varlet, adelantaron en aquella inexplorada senda Máximo de Bussy, Estéban Deplace, Renault, Gondelin, Chaignon, Lefebvre, Guillermet, Besnoin, Possoz, Millet, Levé, Grail, Morin, Leblanc, Filippin y Rousseau emprendieron la tarea mas difícil que pueda haber en el mundo, la de recordar á los sacerdotes el sublime sacrificio al cual ellos se habian consagrado. Aceptó el Clero con la mayor gratitud aquellas palabras que le fortificaban en sus votos, y desde entonces fueron los Jesuitas sus guías en la oracion, sus hermanos en la caridad, sus vicarios en la direccion de las iglesias. Pronto un sentimiento de emulacion les unió en el mismo pensamiento, y felices los Obispos con aquella fecunda fraternidad, no tardaron en asociarse á ella. Vinieron á ser los Padres de la Compañía los ora-